

SAN JUAN CLÍMACO, ABAD

Día 30 de marzo

P. Juan Croisset, S.J.

San Juan Clímaco, llamado así por el excelente libro que compuso, é intituló *Escala del Cielo ó de la perfección*, fue, según se conjetura, de un lugar de Palestina. Nació en tiempo del emperador Justiniano I, hacia el año de 525; y si la grande comprensión que tuvo de las artes y de las buenas letras acredita su buena educación, esta misma educación es testimonio muy verosímil de su noble nacimiento.

La gran fama que desde joven le adquirió su rara sabiduría le mereció el título de *Escolástico*: nombre que en aquel tiempo sólo se daba á los que, siendo ingenios conocidos, acompañaban esta prenda de mucha elocuencia, de gran lectura de los antiguos y de un profundo estudio en todas las ciencias. Pero nuestro Juan había nacido para gloria más sólida. Tentáronle muy poco todas las floridas carreras, todas las halagüeñas esperanzas con que el mundo le brindaba. A los diez y seis años de su edad las renunció todas, y, siguiendo las impresiones de la gracia, dedicó todo su estudio á la importante ciencia de la salvación.

Resuelto á dejar el mundo, se retiró al monte Sinaí, bajo la disciplina de un venerable anciano llamado Martirio, que, hallando en el nuevo discípulo toda la docilidad de un niño con toda la simplicidad de un alma inocente y pura, en poco tiempo le hizo adelantar mucho en el camino de la perfección, y en menos de cuatro años sacó uno de los más diestros maestros de la vida

espiritual.

A la verdad, nuestro Juan no omitía cosa alguna de cuantas podían contribuir á facilitarle tan admirables progresos. Era por extremo humilde. Siendo tan hábil en muchas facultades, y más sabio de lo que correspondía á su edad, apenas abrazó la vida monástica, cuando pareció no tener ni aun tintura de las letras. No sólo dejó el mundo, sino que le olvidó. Era tan perfecto su rendimiento, y su obediencia tan ciega, como si no tuviera propia voluntad. Desde el primer día sujetó tanto sus sentidos, y adquirió tanto dominio sobre sus pasiones, que parecía haber entrado ya perfecto en la religión.

Cuatro años empleó en instruirse, ó, por mejor decir, en perfeccionarse en el ejercicio de las mayores virtudes. Muerto su santo maestro, quiso consagrarse á Dios más perfectamente por medio de la profesión religiosa, cuyo sacrificio hizo con tan extraordinario fervor, que el abad Stratego, monje de gran virtud, que se halló presente, exclamó como con espíritu profético: *Estoy viendo que Juan ha de ser con el tiempo una antorcha resplandeciente en el mundo.*

Instruido ya plenamente el recién profeso en las obligaciones de su estado, sólo pensó en desempeñarlas con la mayor perfección. El abad del monte Sinaí era como el patriarca de todos los monjes que poblaban los desiertos de Arabia; y aunque había un monasterio sobre la misma cima del monte, la mayor parte de los monjes vivían en celdillas ó en ermitas separadas, de manera que todo el monte venía á ser un monasterio. Luego que nuestro Juan hizo la profesión, se retiró á una ermita llamada Tole, sita al pie de la montaña, á dos leguas de la iglesia que en honor de la Santísima Virgen había hecho edificar el emperador Justiniano, para comodidad de todos los monjes que vivían esparcidos entre las rocas

y asperezas del Sinaí. En esta ermita vivió Juan por espacio de cuarenta años, con tan ejemplar retiro y tan entregado á los santos ejercicios de una rigurosa penitencia , que no era llamado por otro nombre sino por el del Ángel del desierto. No le dejó tranquilo mucho tiempo el enemigo de la salvación. Apenas se vio en su retiro, cuando se sintió asaltado de las tentaciones más violentas y más peligrosas. Brotaron como de repente y le dieron bien en qué entender muchas pasiones hasta entonces desconocidas al santo mancebo. Amotináronse todas; pero Juan, lleno de confianza en Jesucristo, y recurriendo á la oración, al ayuno, á las penitencias, y, sobre todo, á la frecuencia de sacramentos, hallaba siempre auxilios poderosos que le sacaran victorioso de tan molesta como continuada guerra. Manteníase siempre sereno en medio de la tempestad, porque jamás perdía al Cielo de vista; sirviéndole las tentaciones para que brillase más su virtud, y se purificase más y más su corazón.

Conociendo bien la destreza con que el espíritu de vanidad sabe insinuarse hasta por las espinas de la penitencia, huía con el mayor cuidado de todo cuanto podía tener visos de singularidad. Comía indiferentemente, sin escrúpulo ni melindre, de todos los manjares que le permitía su profesión; pero en tan corta cantidad, que no se sabía cómo podía mantenerse. El sueño era correspondiente al alimento; pero su íntima y continua unión con Dios, aquellos elevadísimos fines adonde dirigía todo cuanto obraba, aquella pureza de intención y aquel encendido amor de Dios en que se abrasaba su pecho, daba tal realce, tal precio á las acciones más comunes de nuestro solitario, que no debemos admirarnos de que en tan poco tiempo hubiese ascendido á tan eminente grado de santidad.

Elevóle Dios al estado de la oración continua; y

parece que el Santo hizo el retrato de sí mismo en la descripción que en su libro *de la Escala* dejó escrita de esta gracia. *Esta oración, dice, consiste en tener el alma por objeto á Dios en todos sus ejercicios, en todos sus pensamientos, en todas sus palabras, en todos sus movimientos, en todos sus pasos; en no hacer cosa que no sea con fervor interior y como quien tiene á Dios presente.*

Cuarenta años había que vivía en el desierto, más como ángel que como hombre, cuando el Señor le sacó de la oscuridad de su ermita, para hacerle superior general, abad y padre de los monjes del Sinaí. Costóle mucho rendirse, no siendo éste el menor de los sacrificios que hizo á Dios en su vida. Aunque su fama estaba bien acreditada, con todo eso, le admiraron mucho más cuando le trataron más de cerca. Ganó los corazones de todos con su blandura y con su humildad. Su gran caridad, aun con los extraños, no pocas veces la acreditaba el Cielo con singulares maravillas. Concurrieron á él los pueblos de Palestina, para que con sus oraciones alcanzase del Cielo el agua de que necesitaban los campos, y al punto los vieron abundantemente regados de una copiosísima lluvia. No se encerraba dentro de las provincias de Oriente la fama de su santidad. San Gregorio el Magno le escribió encomendándose á sus oraciones, le envió algunos muebles para el hospital y hospedería que había fabricado á la falda del monte Sinaí.

A ruegos de Juan, abad de Raite, íntimo amigo de nuestro Santo, compuso el admirable libro de la *Escala del Cielo*, dividida en treinta grados ó escalones, que contienen todo el progreso de la vida espiritual, desde la primera conversión hasta la perfección más elevada. A los principios se juzgó que esta obra era superior á la capacidad del común, por cierto aire sublime de

expresiones, que es familiar á muy pocos; pero siempre se halló en ella una solidez de espíritu tan útil como agradable. El estilo es conciso y figurado; conténtase con exponer la doctrina en ideas abreviadas, y así habla siempre por sentencias.

Tratando de la obediencia, refiere admirables ejemplos que observó en un monasterio de Egipto, donde unos venerables ancianos obedecían con la simplicidad de niños, y donde se contaban trescientos y treinta monjes, que sólo tenían un alma y un corazón. A pocos pasos de este monasterio había otro que se llamaba *La Cárcel*, donde se encerraban voluntariamente los que, después de la profesión, habían caído en alguna culpa grave. Las asombrosas penitencias que refiere el Santo de aquellos hombres verdaderamente arrepentidos, no se pueden leer sin lágrimas, y aun sin horror. A esta obra añadió San Juan Clímaco un tratadillo que se intitula *Carta al Pastor*, el cual era el mismo bienaventurado Juan de Raite, á quien dirigió la *Escala del Cielo*.

Pero era tan grande el amor que profesaba á la soledad, que continuamente estaba suspirando por su apetecida ermita; y así, al cabo de cuarenta años renunció el oficio de superior, sin ser bastantes á hacerle mudar de resolución los ruegos ni las lágrimas de sus súbditos, que sólo tuvieron el consuelo de lograr por superior en el empleo á Jorge, hermano mayor de nuestro Santo.

Sobrevivió poco tiempo á la renuncia. Restituido á su amado retiro, era toda su ocupación pensar en aquel dichosísimo momento que había de unirle indisolublemente con su Dios. Dispúsose para él con extraordinario fervor, y, colmado de virtudes y de merecimientos, murió el día 30 de Marzo del año 605, casi á los ochenta de su edad, habiendo pasado sesenta

y cuatro en el desierto. Cuando estaba para expirar, se acercó á él su hermano el nuevo abad y, deshaciéndose en lágrimas, le rogó que le alcanzase de Dios no le dejase por mucho tiempo en este mundo. *Serás oído, le respondió Juan, y morirás antes que se acabe el año;* como sucedió diez meses después.

La Misa es de la Dominica precedente, y la oración es la que sigue :

Suplicámoste, Señor, que la intercesión del bienaventurado abad Juan nos haga recomendables á Vuestra Divina Majestad, para que consigamos por su protección lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 66 del profeta Isaías.

El que se acuerda del incienso, es como si bendijese al ídolo. Todas estas cosas eligieron en sus caminos, y su alma se deleitó en sus abominaciones. Por tanto, también yo imitaré sus ilusiones, y enviaré sobre ellos las cosas que temían. Porque llamé, y no hubo quién respondiese; hablé, y no dieron oídos; é hicieron el mal en mi presencia, y quisieron lo que yo no quería.

REFLEXIONES

Nunca está sano el espíritu cuando está corrompido el corazón. La enfermedad de entrambos se comunica al entendimiento, y apágase la fe en una alma embrutecida. ¡ Qué digno de compasión es aquel en quien sólo reina la pasión! ¡ Qué ciego el que no tiene más luz que la que ésta le comunica! Realmente, no todos los errores son del entendimiento; también el corazón padece sus descaminos. Enfermedades son sus ilusiones; pocas dejan

de ser incurables, ninguna deja de ser voluntaria, y sus consecuencias siempre son peligrosas.

Nunca para el precipicio en la mitad, cuando el que se despeña se precipita por inclinación.

Aquella insaciabilidad de la ambición y de la codicia; aquel sectario encaprichamiento de partido; aquel encono interminable; aquellos odios eternos; aquella hipocresía de profesión, ordinariamente todo es efecto de las ilusiones del corazón. No hay vicio que no adulen, pocos que no lisonjeen, desde que ellas los adoptan, y aquella artificiosa seguridad con que viven muchas personas, cuya conciencia tenía sobrados motivos para estar inquieta y sobresaltada, es el fruto más natural de estas voluntarias ilusiones. No sólo se hace costumbre, sino que se hace diversión de la maldad, como dice el Profeta. Forma el alma sus delicias de sus abominaciones. Entonces es cuando llama Dios y nadie le responde, habla y no hay quien le atienda. No hay cosa que meta tanto ruido para que no se oiga la voz de Dios como las ilusiones del corazón.

El Evangelio es del cap. 27 de San Mateo.

He aquí que el velo del templo se rasgó en dos partes de arriba abajo, y la tierra tembló, y las piedras se despedazaron. Y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de los santos que habían muerto resucitaron. Y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección (de Jesús) vinieron á la ciudad santa, y se aparecieron á muchos. El Centurión, pues, y los que estaban con él guardando á Jesús, viendo el terremoto, y las cosas que sucedían, temieron mucho y decían: Verdaderamente Éste era hijo de Dios.

MEDITACIÓN

De la gloria de Cristo entre las ignominias de su muerte.

PUNTO PRIMERO.—Considera que, durante la vida mortal, de Jesucristo, su divinidad sólo se manifestó como por entre celajes; pero, en su muerte, toda ella se hizo patente á nuestros ojos. El Cielo, la Tierra, sus mismos enemigos, las profecías que precedieron, la fe de los pueblos que se siguió, la misma fuerza de la razón, los prodigios, los milagros, todo nos predica su divinidad, todo demuestra invenciblemente su omnipotencia, todo nos obliga á admirar su sabiduría, todo concurre á su gloria, todo convence su inocencia, todo hace demostración de su santidad. No había cosa más fácil para el Salvador que evitar su muerte. Sabía muy bien la malignidad de los judíos; penetraba sus perversas intenciones. ¿Por qué me buscáis para darme la muerte? Declaró á Judas Iscariotes (que esta en el infierno) su traición; y en medio de eso muere, y muere después de haber prevenido él mismo todas las circunstancias de su muerte, después de haber hecho individual y menuda mención de todo lo que había de padecer, después de haber notado que todo esto había de suceder para que se cumpliese lo que estaba pronosticado por los profetas. Muere Cristo, y todo cuanto aconteció en su Pasión y en su Muerte, todo es divino, todo maravilloso; la majestad, la gravedad, la dulzura de su semblante, que en todo y por todo le acompaña; aquel silencio tan distante de todo desdén, de toda fiereza; la malignidad, la rabia de sus enemigos, que no pueden acusarle sino de sus milagros, de sus beneficios, de su mansedumbre y de su paciencia.

i Ah divino Salvador mío, y con cuánta razón dijisteis Vos que el milagro de los milagros erais Vos mismo expirando en una Cruz! Si después de este milagro no os adoro con un corazón verdaderamente contrito y humillado; si no os amo con ternura y con ardor; si no me

hace impresión vuestra muerte; si os niego hasta una lágrima, ¡qué especie de milagro, qué especie de portento no seré yo mismo!

PUNTO SEGUNDO.—Considera cuánto debe avivar nuestra fe, encender nuestra devoción y alentar nuestra confianza la vista de Cristo crucificado. Pero ¿experimento en mí estos efectos? Veo en esta Cruz á mi Dios, á mi Redentor, á mi Padre. Un Dios en la Cruz me descubre el precio, el mérito de las cruces; esto es, de las humillaciones, de los abatimientos y de los trabajos. Un Salvador en la Cruz es remedio eficaz para todas mis enfermedades. Un Padre en la Cruz es un objeto lastimoso de ternura que debe arrebatarme el corazón, porque no puede acreditar mejor lo infinito que me ama. Grita aquella Cruz á todo el Cielo y á toda la Tierra. Ella publica, hasta qué punto llegó el exceso del amor que Jesucristo me tuvo; todos convienen en ello, y quizá sólo yo no entiendo este lenguaje.

¡ Ay dulce Jesús mío! ¿ Qué efecto causaría en mí durante la eternidad la memoria de tu muerte? ¿Será para mí objeto de consuelo, ó de desesperación? Pero ¡ah! que para conocerlo no tengo más que examinar los efectos que ahora me causa en vida. Espero en Vos, divino Salvador mío, que con vuestra gracia me servirá la Cruz, en vida, de regla para vivir; en muerte, de fundamento para confiar, y, después de ella, de motivo para alegrarme por toda la eternidad. Así sea.

JACULATORIAS

¿Con qué agradeceré á mi Dios los beneficios que he recibido de su infinita bondad? Abrazaré con gusto las cruces, los trabajos con que se dignare regalarme, y beberé gustoso el cáliz de su Pasión.— Ps. 115.

Crucificado estoy en la Cruz con mi Señor Jesucristo.—*Ad Galat., 2.*

PROPÓSITOS

1. Estímase mucho la humildad, pero no se huye menos de la humillación. La humildad es una virtud que tiene su mérito, su esplendor, y da también su honra. Por esta razón se precian muchos de humildes, pero sin querer ser humillados, porque las humillaciones son ásperas y oscuras. No sólo no hay cosa en ellas que fomente el amor propio, sino que le aniquilan y son ponzoña del orgullo; por eso se las mira con tanto horror. No hay devoto alguno que no juzgue de sí que es humilde; pero, en llegando por su casa la humillación, se altera, se inquieta, se alborota; á sólo el nombre de humillación se asusta, se sobresalta. ¡Qué ilusión, qué error, si te lisonjeas vanamente de humilde padeciendo este disgusto! Humillóse, anonadóse á Sí mismo Jesucristo, dice el Apóstol; pero se humilló entre los oprobios de que se vio harto, entre los azotes que le despedazaron las carnes, sobre el afrentoso madero donde expiró. No se llega á ser humilde porque se estime y se ame la humildad, sino porque se ama y se desea la humillación. Esto es lo que nos quiere significar Jesucristo por humildad de corazón.

2. Ya se ha aconsejado en esta obra que en el oratorio ó en el cuarto se tenga un Crucifijo, destinado para que nos auxilién con él en la hora de la muerte. Tómale muchas veces en la mano, y suplícale con las mayores veras que te hable desde luego al corazón lo que te ha de decir en aquella postrera hora. Piensa que ya te esta haciendo los mismos cargos que entonces te ha de hacer. Ahora te hallas en tiempo y situación de remediar muchas cosas; no dilates la ejecución. Este piadoso ejercicio, repetido algunas veces cada mes, es

muy provechoso y sirve maravillosamente para reformar las costumbres en vida, y para disponernos á una santa muerte.